

LA OBRA DE FRANÇOIS MAURIAC

Premio Nobel 1952, escritor conocidísimo en todos los países, de justa y merecida nombradía, había sido para mí hasta hoy, simplemente un nombre.

Durante las pasadas Navidades compré una antología de sus mejores novelas, y el libro azul y oro de las Ediciones Aguilar, envuelto en su cárcel de celofán, estuvo esperando cinco meses mi atención y su libertad.

Elegí al azar una novela: «El fin de la noche». La leí con avidez. Inmediatamente después, seguí con «Teresa Desqueyreau», «La farisea», «Los ángeles negros», «El misterio Frontenac», «Nudo de víboras»...

Si sólo una hubiese leído, cualquiera de ellas, la hubiese calificado de interesante y apasionante, y en torno a su tema y exposición habría ceñido mi comentario. Pero, después de haber leído sin intermitencias, sin pausas, un buen número de ellas, se me ofrece más tentador, doblemente tentador, un comentario global que un conglomerado de críticas de cada una de sus obras por separado. Además, la producción novelística de Mauriac se presta singularmente a la glosa.

Mauriac no cambia de paisaje. Su escenario lo constituyen los campos de La Gironda y las landas bordelesas.

Mauriac no cambia casi de personajes. Aunque aparentemente distintos, son en el fondo almas gemelas. Víctimas siempre de los pecados capitales, conscientes del mal que ensucia su alma, cuando el reloj del novelista marca el momento de empezar la acción.

El argumento de sus novelas sigue, sin variaciones, idéntica trayectoria de desarrollo. En auto-confesión o por boca de un testigo, asistimos a un exhaustivo sondeo, desde las hojas a la raíz, de las vidas de los principales personajes, para encontrar la causa primera, el móvil de la avalancha que precipitó

bondad y pureza en un profundo abismo. Y en cada vida sitúa Mauriac el origen del mal en el paraíso de la infancia perdida.

En el curso de ese minucioso sondeo nos ofrece el autor una historia completa, en la que no faltan prólogo ni epílogo. Procedimiento más parecido al de los escritores de principios de siglo que a la forma actual, consistente en encerrar a los personajes dentro de un paréntesis de tiempo, aislado casi totalmente de un pasado, y frente a un futuro invisible.

Localizado el mal, puestas también al descubierto las piedras que cada uno halló en su camino, — impotencias, relajamientos de la voluntad, escándalos o magisterio ajeno—, Mauriac, como buen católico, nos conduce sobre la senda de ascensión a la Gracia. El autor quiere proclamar su fe en la misericordia divina, en el segundo de contrición salvador, para las almas auto-humilladas, arrepentidas. Este segundo corto o largo, rúbrica de la divina misericordia, no falta en ninguna de sus obras. Como también es una constante en ellas que el momento de la redención, del sutil milagro, quede celosamente guardado, devotamente velado, entre los pliegues de un misterio, cual si perteneciese solamente a Dios. La redención del pecador se vislumbra, se perfila, se sabe; pero no es descrita. La novela acaba en este preciso instante.

Odio, avaricia, lujuria, soberbia, al desnudo o envueltas en ropaje farisaico, son puestos al descubierto con maestría. Quizás, con un exceso de preocupación del mal, ya que lo vemos asomar con exagerado escrúpulo, a través de las más insignificantes vivencias de la infancia o de la juventud, Hechos que, incluso, insobornales moralistas hubiesen muy bien podido calificar de normales. Pero Mauriac en su búsqueda y con agudo

bisturí penetra hasta imposibles profundidades, y, remontando el curso de los días, de los años, localiza la raíz del mal en el mismísimo paraíso.

Es su gran preocupación. Su gran pregunta.

Cada una de las vidas que describe, trasciende los propios límites y se convierte en la Vida.

Infancia y madurez de sus personajes se truecan en la infancia y en la madurez de la Humanidad.

Y el asombro que produce en el lector el hecho de ver situar en la infancia la cuna y la raíz de todo mal, es el asombro que siente el propio Mauriac de que el mal ya apareciese al alborear el mundo, tibia aun la rosada aurora de las manos del Señor.

Es el problema de San Agustín,

«Señor, siete veces dijistéis que lo creado era bueno. ¿Por dónde penetró el mal?»

Y, si San Agustín en sus «Confesiones» da un intento de respuesta, más solución no obstante, para sus dudas maniqueas, que absoluta respuesta—, en Mauriac falta incluso el intento. Sólo un humilde y vivo acato al Dogma es su ferviente contestación. Un aceptar que no consigue diluir su pavor.

Pavor que, junto con las pequeñas flores de caridad, pinceladas de Gracia que brotan sus personajes, dibujan la profunda, lacerada, católica humanidad del autor. Sin ello, Mauriac convertido en pobre fariseo o desconcertante fiscal, no nos hubiese gustado.

Hay que hacer resaltar que paralelamente al amor duro y exigente que manifiesta Mauriac por los hombres, profesa al bosque y al campo su más comprensivo y suave amor. Amor que nos comunica. Y con él respiramos, arrobados, la resina de los pinos altos, la humedad de los riachuelos, el ácido olor de las viñas...

El paisaje es un ser vivo, en sus obras. Cruelles o benévolas, las estaciones se conjugan con él. Le vemos sonriente, agradecido, bajo una lluvia mansa, y revuelto por la tempestad y el fuego. También las tormentas del alma azotan el huerto de los corazones, agitan la oculta tierra, donde viven la madre, la casa, los hijos y el miedo, el miedo sin nombre de la incógnita y el interrogante de la muerte.

Y la muerte de los personajes de Mauriac es, generalmente, piadosa, para sofocar su propio y humano miedo a la muerte.

L. d'Andraitx

Encora

A cuantos deseen anunciar en nuestro número extraordinario de Navidad, les rogamos lo comuniquen a esta Redacción, antes del día quince de los corrientes.